

quitecto sea; y mejor que mejor si, en vez de limitarse a trasponer mecánicamente los cánones de un bungalow aprendido en "el Sur que nos queda al Norte" se injerta en la robusta tradición varias veces secular que es orgullo de las artes mexicanas y es asombro del mundo. Que en cuanto a querer averiguar dónde cae el límite exacto de lo universal, dejemos esta discusión estéril a los que desean no hacer nada abrogándose el derecho de censurar lo que hacen los otros. Entreguémosnos cuanto antes a la obra, seguros de que nos gobierna desde arriba una fatalidad venturosa, a la que nunca podremos escapar como no nos empeñemos en contrariarnos y en adularnos a la fuerza. Hay una lealtad al trabajo, una docilidad a las líneas trazadas por la naturaleza del objeto mismo que nos preocupa; y esta lealtad o docilidad substituyen con ventaja a las definiciones apriorísticas. Será mexicano todo lo bueno que haga un mexicano. Con esto, es innegable que hay ciertas direcciones preferidas por el espíritu de cada pueblo. Y sin ahondar en ello —que ni es el sitio, ni ha llegado para mí el momento— me atrevo a dejar aquí estas sugerencias: cuanto prefiera la calidad a la cantidad nos parecerá más mexicano, o más mexicanizante que lo contrario. Y nos parecerá que defiende con más eficacia el patrimonio de nuestra nación (patrimonio hecho y, sobre todo, patrimonio por hacer) cuanto—para usar la lengua de Pascal—imponga el "espíritu de finura" por sobre el "espíritu de geometría". Somos una raza metafísica y poética; y no se rebelen contra esta declaración los amontonadores de energía física y de materia, que también eran así los egipcios, y también dejaron pirámides. Quiero decir que nuestra Universidad será más mexicana mientras más procure suscitar las virtudes en el alma de sus educandos, y menos se entretenga en averiguar—pongamos por caso— si las estatuas sumadas de todos ellos completan tal o cual submúltiplo del cuarto del meridiano terrestre. Y conste que no hago caricatura, sino que me refiero a aberraciones registradas y conocidas.

VIII.

Pero hemos llegado a una hora en que el hombre aparece preocupado—y con razón—por resolver la circunstancia de su convivencia con el hombre. No nos bastaría ya con el antiguo humanismo, hecho de cultura literaria; no nos bastaría con el que nació del positivismo, hecho de cultura científica. Necesitamos completar el cuadro de urgencias actuales, dando sitio en la nueva Universidad a una forma de cultura política (Lo cual, de paso, devolviendo su seriedad al problema, desterraría, en buenahora, la politiquería interior en que se distraen y aún se sacrifican a veces los escolares). Sería el orgullo de los mexicanos del

Norte—tan conocidos por la franqueza y llaneza con que abordan, plantean y atacan sus conflictos públicos;—sería el orgullo de la Universidad de mi tierra—tierra donde el derecho obrero mexicano dió sus primeros pasos, sin alarmar ni escandalizar a nadie, porque era un crecimiento natural de aquel suelo—el dar por primera vez asilo a un programa amplio y cabal de cultura política. La impreparación política, junto con la impreparación sexual, será, en la historia, el mayor escollo con que haya tropezado la humanidad contemporánea. Yo sé bien que hay, entre nosotros, hombres representativos de intereses comunes que, al menor desconcierto de la cosa pública (¡y a tontos estamos expuestos!), echarían a andar su motor y, en pocas horas se trasladarían a Laredo, Texas con armas y bagaje. Y es fuerza que esto no acontezca; es fuerza que nuestra morada no amenace a nadie con inútiles sobresaltos, y que, en el peor de los casos, el morador esté preparado para afrontar tempestades, con los recursos que le proporcionen su ética y su ciencia. Sólo la cultura política puede precavernos. Pero abogar, hoy en día, por una cultura política tanto vale como proponer un voto por la izquierda. Querer abarcar a todos en la obligación y el disfrute de la cosa pública privilegio, hasta ayer, de grupos limitados es tirar la manta hacia la izquierda. ¡Que ella pueda cubrirnos a todos y no desamparar a nadie! Los espíritus conservadores han de convergerse de que no les queda más salida que el ir cediendo a las novedades de que el tiempo viene cargado. La cultura quiere alumbrar por igual a todos los hombres. — y este todos los hombres lleva en sí el postulado político. Oigan los que saben oír, hagan los que saben hacer: la cultura debe ser popular y nadie tuerza mis palabras ni piense que he dicho popular. He aquí, al abrir sus puertas la Universidad de Nuevo León el voto que ofrezco a mis paisanos, sin más título que el de ser el más modesto industrial nacido a los pies del Cerro de la Silla; aquél que sólo produce y elabora en pequeña escala, unas cuantas palabras. Esto sí palabras sinceras.

Petrópolis, 6 de enero de 1933.

ALFONSO REYES.



México Necesita una Irrigación Cultural en la Frontera Norte

—(U)—

Nuestro Embajador Lic. Alfonso Reyes, formula su adhesión por el establecimiento de la Universidad de Nuevo León

—(U)—

(DE EXCELSIOR.—MAYO 7 DE 1933).

La Universidad de Nuevo León, cuya fundación está en vísperas de convertirse en realidad teniendo por centro a Monterrey, cuenta con la adhesión pública que acaba de formular desde Río de Janeiro el Embajador de México en Brasil, licenciado Alfonso Reyes.

De acuerdo con las informaciones que ayer obtuvimos en la Secretaría General de la Universidad, el señor Licenciado Reyes ha dado su voto en pro de la creación de dicha Universidad, redactando para ello una extensa exposición, bien nutrida de ideas, en la que da a conocer sus puntos de vista en relación con ese proyecto, a la vez que algunos aspectos ideológicos que seguramente interesarán a los universitarios de nuestro país.

Dice el Licenciado Reyes que estando situado México como está, y aceptados los destinos geográficos y étnicos que le cumple realizar, nada debió ser más familiar al pensamiento de todos los mexicanos que el programa de crear por allá en el regazo de las que llamaba Manuel José Othón "Montañas Epicas", una sólida y coherente organización de la cultura nacional, para que ella responda ante la historia de los compromisos de salvaguardia y de frontera. "Que no será la ciega agresividad—prosigue diciendo el autor de ese memorial— que no será el vano sentimentalismo, ni tampoco los precipitados casuales de un régimen escolar hecho a pedazos, quienes nos protejan, sino sólo el conocimiento y la voluntad educada y rectificadas, solo un sistema de principios y acciones bien escogidos y armonizados. Un ser se define y también se pierde, por sus contornos; y esta epidermis de la frontera debe ser cuidadosamente sensibilizada e irrigada por la cultura, para que ejerza con normalidad, eficacia y simpatía sus complejas funciones respiratorias y de relación con el no yo. De ello aprovecharemos a un tiempo los dos vecinos del Río Internacional, del río que nos separa y nos junta; y lo que sirva para mejor sustentarnos en nuestro propio temperamento y en nuestras más apuradas tradiciones, habrá de servir asimismo para mejor amis-

tarnos con la gran nación que, desde la otra ribera, nos contempla y aguarda."

ESA UNIVERSIDAD LLEGA A TIEMPO

El licenciado Reyes, después de expresar el hecho de que las universidades regionales vendrán a desahogar la congestión de actividades universitarias, que se promete de veras peligrosa, afirma que la cultura metódicamente esparcida bañaría entonces el conjunto de nuestra población juvenil; que lo que amenaza convertirse en una academia, se ensancharía —vitalmente, sazónándose con todos los sabores y todos los matices; que todos los costados de la patria mexicana contribuirían sus variados aspectos; que cada necesidad particular encontraría su expresión y contaría con una opinión acostumbrada a escucharla; y que subiría el nivel de nuestra prensa, se multiplicarían las empresas editoriales y prosperarían las artes del libro en una plausible emulación.

Y prosigue diciendo el eminente universitario mexicano: "Nos habituáramos a conceder igual dignidad intelectual a la metrópoli y a los Estados, a la ciudad y a las aldeas. No sería ya inusitado el ejemplo de Othón, que de tiempo en tiempo se acercaba a las tertulias capitalinas y luego volvía "a sus obscuras soledades". No sería ya monstruoso el ejemplo de Díaz Mirón, confinado en Jalapa, y cuyo genio se resentía de la falta de conversación con sus pares. El poeta, desde su abrigo rústico, estaría en trato con su pueblo. Los jóvenes tendrían siempre a su alcance el hacer una carrera sin desarraigarse ni alejarse. ¡El pan espiritual equitativamente compartido, la distribución de energías más regular y equilibrada; la vida, la vida misma, más saludable y llevadera! Tal es, en cuanto afecta al Norte de la República, lo que puede hacer nuestra Universidad, convocando a aquellos que dispersó la falta de estímulo, y a los hombres de buena voluntad que estén dispuestos a ayudarla. Este sueño comienza a ser ya realizable; al pavor centrípeto que juntaba a los hombres en la capital como en una roca de naufragos, sucede ya —con la estabilización política y con los rápidos medios de transporte— el anhelo de echarse fuera del gran centro absorbente, de plantar los reales en un relativo retiro, de abrirse sitio donde haya menos concurrencia y quede más tierra por sembrar. La Universidad del Norte llega a su tiempo."